



CARICIAS SALVAJES

Nimeria White

CARICIAS SALVAJES



Primera edición: mayo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Nimeria White

ISBN: 978-84-19340-16-0

ISBN digital: 978-84-19340-17-7

Depósito legal: M-12243-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A toda aquella persona que alguna vez creyó en mí

Capítulo 1

He corrido mucho, en muchísimas ocasiones; para llegar a tiempo a alguna parte, para no perder el autobús, jugando al escondite cuando era niña, para escapar de la policía..., pero jamás había corrido por mi vida.

El corazón se me sale por la boca mientras siento que mis pies no aguantan más, siento como si miles de agujas se clavaran en las plantas de mis pies y como si mis pulmones se llenaran de piedras con cada respiración, pero no puedo detenerme, no quiero hacerlo. Si freno, si detengo mis pasos, si dejo de huir, él me va a encontrar.

Las calles que siempre me parecieron gigantescas ahora me resultan agonizantemente estrechas. Hay demasiadas personas transitando los lugares y caminando como si nada pasara esta noche y noto que mi horror no puede ir a peor. Todo el mundo me mira como si estuviera loca, como si mi carrera para salvar mi vida no tuviera sentido. Ellos no son conscientes de lo que ocurre y no puedo fiarme de nadie, nunca he podido hacerlo.

Las piernas me duelen una barbaridad y el pecho me arde por lo agitada que tengo la respiración. No sé a quién demonios recurrir, no sé qué debo hacer, nadie puede ayudarme, nadie puede saber lo que acabo de presenciar. Sin embargo, mientras corro con el corazón en la boca para salvar mi vida, sé que tengo que ir a la policía, son los únicos que podrán hacer algo.

Soy consciente de que nadie debe saber lo que he visto, pero la policía es mi única opción ahora. Nunca me gustó la autoridad y creo que es una pérdida de tiempo, que no sirven para nada; en cambio,

ante esta situación sé que ellos son los únicos que podrían ayudar..., no a mí, sino a esa pobre chica a la que acabo de ver cómo asesinan.

Abro las puertas de la comisaría bruscamente, estoy nerviosa y asustada, y me importa una mierda si el ruido de las puertas contra las paredes molesta a alguien, ahora mismo estoy al borde de desmayarme.

Corro hacia el mostrador con el horror pintado en mi cara. La chica que hay detrás de la ventana me observa asombrada. Mi respiración choca contra el cristal, provocando que el vaho se impregne en ella y las piernas me tiemblan tanto que creo que no soportarán mucho más mi peso.

—¡Una chica...! —la respiración me falla—. ¡Acabo de ver como asesinan a una chica! —grito alterada, horrorizada ante la escena que he presenciado hace apenas quince minutos.

—Cálmese, señorita —me pide con serenidad.

—¿No lo entiende?! —bramo—. ¡Acabo de ver morir a una chica! ¿Qué narices hace ahí sentada?!, ¡vaya a avisar a su superior!

—Relájese primero.

—¿Es usted idiota?! —grito mirándola con desprecio—. ¡Le estoy diciendo que acabo de presenciar un puto asesinato!

—¿Qué ocurre aquí?

La voz familiar de un hombre a mis espaldas hace que me dé la vuelta. Pedro, el comisario, está detrás de mí. Su enorme barriga, su bigote entrecano y su calva siguen siendo igual que la última vez que nos vimos. Me observa con una mirada de reproche, y sé que me la merezco, pero ahora mismo no quiero hablar del pasado, solo necesito que algún incompetente agente me preste un poco de atención.

—La señorita ha entrado gritando —le informa la mujer detrás del mostrador.

La dura mirada del comisario se intensifica.

—¡Esta mujer es una incompetente! —grito, aunque sé que no debería, pero estoy tan alterada que me da igual—. ¡Acabo

de decirle que he presenciado un asesinato y ni se ha inmutado!

Las imágenes de lo ocurrido me enervan y me hacen querer vomitar, pero contengo las ganas para poder explicar lo ocurrido.

—¿Dónde ha ocurrido? —me pregunta el comisario, pero algo en su expresión me dice que no me cree.

—En el callejón de la avenida Breiss, tras los contenedores.

Pedro me observa escéptico, y le entiendo perfectamente porque no es la primera vez que le miento, pero ahora no es el caso porque sí he visto morir a esa chica.

Mi rostro suplicante debe de remover algo en él porque llama a un agente que pasa por su lado con un montón de carpetas bajo su brazo.

—Moviliza a una patrulla —le dice—. Quiero que vayan al callejón de Breiss para ver si todo está en orden por allí.

—Enseguida, señor —dice el chico, y sale disparado por la estancia hasta perderse por uno de los pasillos.

La dureza de sus ojos repara en mí y trago saliva sintiendo que puedo respirar un poco más aliviada.

—Más te vale que sea verdad —me apunta él con el dedo índice.

—Lo es.

—Permíteme dudarlo —me mira con algo parecido al desprecio—, no es la primera vez que mientes, Thais, y estoy seguro de que no será la última.

—¿Por qué vendría con el corazón en la garganta si no? —replico—. Soy consciente de mis antecedentes, comisario, pero no estoy mintiendo ahora. Yo jamás vendría a pedirles ayuda a no ser que fuera por algo como esto, lo sabe de sobra.

El hombre cincuentón parece dudar unos segundos. Sabe que tengo razón, yo nunca vendría a comisaría por voluntad propia, de hecho, todas las veces que vine fue en un coche de policía y con las manos esposadas.

Ya estoy más tranquila que hace unos minutos, así que doy media vuelta y comienzo a caminar para largarme. Intentaré encontrar

un sitio seguro para pasar la noche, no me apetece nada ir al teatro abandonado donde siempre duermo porque sé que no estaré sola, y la soledad y el silencio es lo que menos me apetece después de todo lo que acabo de vivir.

—¿Adónde crees que vas? —la voz del comisario me hace frenar con las manijas de las puertas bajo mis manos.

—A casa —miento.

—De ninguna manera —replica, llegando hasta donde estoy y cerrando las puertas—. Vas a esperar aquí hasta que se confirme lo que dices. Si mientes...

—Sí, sí, ya lo sé —le interrumpo—. Si miento pasaré la noche encarcelada en los calabozos. No soy nueva en esto.

Me dedica una mirada cargada de reproche.

—Vamos —me ordena, y no me queda otra que resoplar frustrada y seguirle.

La imagen de la chica rubia con el torso ensangrentado no sale de mi mente mientras cruzo los pasillos siguiendo al comisario al mando de la comisaría. Su cuerpo sin vida tirado en el suelo no me deja pensar en nada más. Sus ojos sin vida y su boca entreabierta, con un hilo de sangre colgando de su comisura, se clavan en mi mente como la peor de las torturas.

Siento que la bilis escala por mi garganta y sacudo la cabeza en un intento de alejar a esa pobre chica de mi mente porque ya no puedo hacer nada por ella, lo único que podía hacer era alertar a la policía para encontrar a su asesino y ya lo he hecho, ahora solo queda esperar a que las autoridades hagan justicia.

Pedro abre la puerta de su despacho y me ofrece pasar primero, cosa que hago porque no tengo nada mejor que hacer. Con un gesto de mano me pide que me siente en una de las sillas frente a su mesa y él se sienta en el otro lado, enfrente de mí.

—Hace tiempo que no te veía —comenta revisando algo en la pantalla del ordenador sobre su mesa—. ¿Cuándo fue la última vez?

—Creo que el mes pasado —respondo, observando las medallas colgadas sobre la pared que se ha ido ganando con el paso de los años.

—¿Por lo de la librería? —pregunta.

Sé que se refiere a la vez en la que la dependienta de la librería me pilló con varios libros bajo mi sudadera. Los libros no me dan para comer, pero me gusta leer en mis ratos libres. No tengo tanto dinero y los libros son muy caros... ¡Si leer es un pecado, que me condenen!

—Por lo de la joyería —le recuerdo.

—Ah, sí, ya me acuerdo. —Cualquiera diría que estamos hablando como viejos amigos, pero nada más lejos de la realidad; el comisario me observa como asqueado y yo me hago la inocente sonriendo con falsedad—. Pasaste tres días aquí por un simple collar de ciento ochenta dólares.

No soy estúpida. Sé que si robo algo de un valor mayor a doscientos dólares es un delito gravísimo que puede meterme en prisión el día que cumpla la mayoría de edad, lo sé desde que tengo uso de razón, por eso me dedico a cometer pequeños hurtos de cantidades inferiores. Quizá para el comisario ciento ochenta dólares es una cantidad muy pequeña, pero para alguien como yo significan dos semanas de comida y cena y unos días durmiendo en la habitación de algún motel que tenga agua caliente.

Es increíble ver las diferentes perspectivas que hay sobre una misma cosa. Lo que para alguien es algo simple, para otros es una maravilla.

—Me hubiera venido muy bien ese collar —respondo a modo de burla.

—Lástima que el dueño de la joyería te frustrara el intento de huida —dice con sarcasmo.

—Una verdadera pena, sí...

El teléfono sobre su mesa suena y se apresura a cogerlo mientras yo me dedico a admirar las figuritas que hay sobre su mesa. Tiene una foto con su esposa en la playa, seguramente de algunas vacaciones, y cuando él ve que tengo la fotografía entre mis manos me la quita de mala manera.

—Comisario Lloyd —dice, y se queda callado escuchando lo que le dicen al otro lado—. ¿En serio? —me observa—. Voy para allá.

Sonrío con suficiencia, con una mueca que dice «te lo dije», y me cruzo de brazos esperando escuchar una disculpa, pero esta no llega.

Pedro Lloyd marca un número en su teléfono y pone los ojos en blanco al ver mi pose altanera.

—Keen, necesito tu presencia en el callejón de la avenida Breiss. —Se queda callado unos segundos, tiempo en el que yo me miro las uñas intentando dejar de pensar en esa chica—. La víctima es una mujer, de metro setenta y cabello rubio, de unos veintiocho años, con herida de arma blanca en el abdomen.

«¡Así no se puede!», grito en mis pensamientos.

—Sí, voy para allá —dice antes de colgar—. Olsen, nos vamos.

Odio que me llamen por mi apellido, y él lo sabe. Me levanto con la mandíbula apretada, sacándole burla poniendo mis ojos bizcos y sacando mi lengua sin que me vea.

Le sigo por los pasillos a paso rápido, para lo gordo que está anda rápido el condenado.

—¿Dónde vamos? —pregunto.

—A la escena del crimen, por su puesto.

—¡¿Está loco?! ¡Yo no puedo ir, el asesino me vio! —grito histérica. De pronto todo el alivio que sentía se ha esfumado.

El comisario frena sus pasos abruptamente, provocando que casi choque contra su espalda.

—¿Te vio? —pregunta incrédulo, y yo asiento—. ¿Cómo no lo dijiste antes?

—Nadie me preguntó.

Masajea sus sienes con las yemas de sus dedos, intentando no perder la paciencia conmigo.

—¿Me estás diciendo que viste el rostro del asesino y no me has dicho nada? —Suena tranquilo, pero puedo notar el ligero toque de irritación filtrado en su voz.

—¡Ni siquiera me creía hasta hace cinco minutos! —me defiendo—. ¡¿Qué esperaba que hiciera?! ¡¿contarle lo ocurrido sabiendo que no me creería?! ¡Usted pensaba que era mentira!

—¡Lo normal después de tu historial! —pierde los estribos. Se aprieta el tabique nasal unos segundos y suelta el aire pesadamente por la boca—. Vamos, no tenemos toda la noche.

—¡No pienso ir a la escena del crimen!

—No va a pasarte nada, Olsen. El perímetro está rodeado de agentes.

—Me fío de ustedes lo mismo que de un político.

—Necesito que recrees la escena del crimen para que nos sea más fácil, Thais —casi parece suplicante, y me gusta esta nueva faceta suya—. Querías ayudar a esa chica, por eso estás aquí, ¿no?

Este hombre está jugando con mi fibra sensible... Nunca me ha gustado la policía, eso es un hecho, pero esa chica merece que capturen a su asesino, ¿verdad? Yo no puedo hacer nada más que esto, es lo único para lo que podré servir, solo puedo ayudarla contando todo lo que sé. Sé que si no lo hago nunca descansaré tranquila conmigo misma. ¿Quién me mandaría a mí tener remordimientos de conciencia?

—Si veo a alguien sospechoso, me largo —comunico, y el comisario suspira antes de reanudar la marcha.

Subimos a un coche normal, no a uno de policía. Me resulta raro ir en el mismo vehículo que el comisario, pero más raro me resulta ir en el asiento delantero con un trabajador de la ley.

—Tendrás que describir al asesino —me informa—. Cuando volvamos a comisaría tendrás a uno de nuestros dibujantes a tu total disposición. Cualquier rasgo físico que recuerdes puede ser crucial.

—Tranquilo, le recuerdo bien —afirmo, el rostro de alguien así, con esa mueca cínica, no se olvida fácilmente.

Tardamos menos de lo que espero en llegar, desde que hemos salido intentaba posponer este momento en mi mente, pero ya es tarde. No hay marcha atrás...

El comisario sale del vehículo, pero yo no. Me quedo con la mirada puesta en el cristal de la ventana, viendo cómo cubren el cadáver de la chica con una manta plateada a la espera de que decidan llevársela.

Me permito compadecerme de ella un instante imaginándome su vida. Quizá tenía un buen empleo y una gran familia, o quizás era de esas mujeres que viven solas rodeadas de gatos, aunque por su aspecto diría que tenía pareja. He de decir que la mujer era guapa, y por ello presupongo que tendría pareja, pareja que estará destrozada en cuanto se entere de la noticia.

Los nudillos de Pedro Lloyd chocan contra la ventana que estoy mirando.

—Sal de ahí —me pide.

Suspiro resignada, sé que esto es lo correcto.

Me pongo la capucha de mi sudadera sobre la cabeza, no quiero que mi rostro sea recordado por todos los presentes, cuantos menos puedan verme, mejor. Abro la puerta lentamente y tomo una profunda respiración mientras me dejo guiar por el comisario hasta donde yace el cadáver de la mujer.

Mis ojos no se apartan del material plateado que la cubre por completo y noto que las piernas vuelven a temblarme.

—Thais, este es el inspector Oliver Keen —ladeo mi cabeza hacia la voz del comisario, encontrándome con una figura masculina a su lado—. Keen, esta es la señorita Thais Olsen, testigo de lo ocurrido.

El hombre supera las expectativas físicas deseadas por cualquier mujer. Tiene el cabello rubio, lacio, peinado hacia atrás. Su mandíbula es perfectamente cuadrada y está bien afeitada, ni rastro de barba en ella. Sus labios parecen mullidos y rosados, y su nariz es la más perfecta que he visto en mi vida. Tiene un cuerpo envidiable; a pesar de llevar ropa, puedo ver lo musculoso que es. Sus ojos parecen claros, pero por la oscuridad que nos rodea no puedo detallar de qué color son exactamente. Su ceño está fruncido en una mueca seria y la intensidad de su mirada hace estragos en lo más profundo de mí. No debe tener más de veinticinco años...

¡Que alguien me traiga un pañuelo porque se me está cayendo la baba!

El inspector no dice nada, así que yo tampoco lo hago; me he quedado prendada de su intensa mirada.

—Bien, Olsen, puedes empezar cuando quieras —me insta el comisario.

Tengo que pestañear un par de veces antes para salir del trance en el que el hombre rubio me ha metido con su presencia.

—Eh..., sí —digo, y trato de centrarme dándole la espalda al inspector para recrear la escena en mi mente—. Yo venía desde allí para acortar camino cuando escuché el grito de una mujer. Frené en seco un instante porque me asusté, pero reanudé la marcha más aprisa porque quería saber si estaba bien. Sin embargo, antes de poder decir nada, su cuerpo sin vida cayó al suelo. Me quedé paralizada justo aquí. —Camino hacia un lado de los contenedores de basura, a unos pasos del cadáver—. Desde aquí vi la sombra de alguien moviéndose, pero estaba tan petrificada que no pude huir al instante, así que me dio tiempo de ver el rostro del hombre que empuñaba un cuchillo.

—¿Dónde estaba el hombre cuando el cuerpo de la mujer cayó? —pregunta el comisario.

—Justo aquí. —Camino hacia el otro lado de los contenedores, desde donde no pude verlo hasta que salió de su escondite.

—¿A qué hora ocurrió? —Pedro habla de nuevo.

—Sobre las once y cuarto —respondo.

—No se ha encontrado el arma homicida —le dice el inspector al comisario—. De todas maneras, tengo a varios hombres buscando por la zona.

—Bien —contesta el comisario—. Espero que haya sido descuidado y haya dejado huellas en el arma.

—En este momento están buscando huellas o cualquier tipo de ADN que nos pueda servir de ayuda.

Miro a mi alrededor para comprobar que lo que dice Oliver es cierto; hay expertos buscando pruebas por todas partes. Unos buscan con linternas, otros mueven los contenedores y otros guardan las pruebas encontradas en bolsitas de plástico.

Los forenses deciden que ya es hora de levantar el cadáver y, bajo la capa plateada, ponen a la mujer sobre una camilla para llevársela.

Un pinchazo de pena cruza mi pecho al ver la escena.

—Iré a comisaría para ver si pueden identificar el cadáver —informa el inspector, y su tono de voz es tan cortante y frío que me pregunto si siente algo de empatía hacia la pobre mujer que viaja en esa camilla.

—Lleva a Thais también, tiene que describir al sospechoso frente a un dibujante —le dice el comisario.

Oliver asiente una sola vez y comienza a caminar sin decir nada más.

Me quedo mirando al comisario con el ceño arrugado.

—Ve con él —me ordena, pero me muestro reacia a hacerlo—. ¡No te hará nada! Ve con él.

Frunzo los labios en señal de desaprobación y acato la orden, chasqueando la lengua fastidiada. Sigo al inspector por la calle, pero alejada unos pasos para mantener las distancias porque, si noto algo sospechoso, haré lo que llevo haciendo toda mi vida, correr. Veo que para frente a un BMW serie tres de color blanco y mis cejas se alzan por la sorpresa cuando abre la puerta. Jamás pensé que el sueldo de un inspector diera para tanto, si lo hubiera sabido, habría sido policía en vez de ladrona.

—No tengo toda la noche —dice de mala manera, y se encierra en el vehículo.

Reacciono y abro la puerta cuando escucho el rugir del motor, trepando dentro para ir de vuelta a la comisaría.

Su manera de conducir me pone de los nervios. Maneja el vehículo con rapidez, se mete en las curvas como si estuviéramos en una carrera y creo que acaba de saltarse un semáforo. No se le da muy bien cumplir las normas para ser un agente de la ley. Noto que el corazón se me sale por la boca ante la frenada brusca y agresiva que hace para dejar pasar a una señora por el paso de peatones.

La respiración me va a mil por hora y, si estaba asustada por saber que un asesino me ha visto la cara, ahora lo estoy más por ser consciente de que puedo morir a manos de este chalado.

No tardamos ni cinco minutos en llegar a la comisaría, y no me

extraña nada. Oliver sale del coche mientras yo miro hacia delante fijamente, con los ojos bien abiertos por el miedo; me he quedado totalmente petrificada con su agresiva manera de conducir. La mirada de desagrado que me echa me hace saber que quiere que me baje ya de su vehículo y lo hago a trompicones porque estoy temblando.

Sin mediar palabra, le sigo por los pasillos hasta estar frente a un dibujante que ya está esperándome con un bloc grande y un lápiz en la mano. Me siento frente al hombre y Oliver sale de la estancia sin decir nada. Todo lo que tiene de guapo e hipnotizante lo tiene de arrogante y capullo.

Le relato cada rasgo al dibujante detallando su rostro en mi mente. Cejas espesas, nariz chata, barba espesa y oscura, ojos pequeños, cabello oscuro... y el detalle final: un pequeño tatuaje sobre su ceja, no llegué a ver qué tatuaje era, pero parecían palabras.

El dibujante termina unos veinte minutos después y, aunque me ha ido enseñando el dibujo conforme iba trazando los rasgos, me enseña el retrato final. No es que el dibujo sea idéntico, pero sí que se parece mucho al hombre que vi.

Dos agentes me llevan al despacho del comisario y me hacen esperar allí. No sé cuánto tardará, pero me entretengo mirando por los estantes de la estantería que hay a un lado de su mesa para ver si encuentro algo de valor. Solo veo figuritas, fotos y medallas al valor que ha demostrado en las diferentes misiones que ha dirigido a lo largo de su vida. No creo que las medallas vayan a darme mucho dinero, así que me quedo sentada en mi lugar sin mover un dedo. Ya encontraré algo que pueda vender para pagarme un motel durante los próximos tres días.

El comisario entra y se sienta frente a mí.

—Acabamos de ver el dibujo del sospechoso —me informa.

—¿Acabamos? —pregunto confundida, y el comisario hace un gesto con la mano para que mire hacia atrás.

El apuesto y borde Oliver Keen está detrás de mí, de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados. Parece irritado por algo, pero

me da exactamente igual porque no le conozco de nada. No me importa la vida de los demás, solo la mía; nadie se preocupará por mí como lo hago yo.

—¿Saben de quién se trata? —pregunto, rezando mentalmente por que sí sepan quién es y que así puedan encerrarle cuanto antes, esa pobre mujer lo merece.

El comisario suspira con pesadez.

—No. Ya hemos dado la alarma para que otras comisariías estén alerta por si se topan con él. Aún están buscando el arma homicida, y espero que las huellas y el ADN encontrado nos sirvan para algo —me informa, aunque no tiene por qué hacerlo—. Gracias por tu colaboración, Olsen. Has ayudado a esa mujer, su familia te lo agradecerá.

«Familia...», pienso, y se siente como un puñetazo en el estómago.

Trago saliva y me levanto de la silla.

—Bien, me alegra haber ayudado por una vez —digo—. Ahora, si me disculpan, tengo cosas que hacer.

Camino hacia la puerta, viendo la mirada irritada que Oliver me dedica, es como si mi presencia le molestara y no entiendo por qué.

—En realidad... —la voz del comisario frena mis pasos y me giro lentamente para mirarle—, no puedes irte, al menos no a tu casa.

«Si la tuviera me iría, no lo dudes...».

—¿Disculpe? —frunzo mi ceño al preguntar.

—Has sido testigo de un asesinato, Olsen, no podemos permitir que te marches sin ningún tipo de protección.

—¡No necesito protección, Lloyd! —He estado aquí tantas veces que me he ganado el derecho de llamarle por su apellido, igual que él hace conmigo—. ¡Sabes que puedo cuidarme sola!

—Esa no es la cuestión —responde—. Esto no es uno de tus robos, no es un pequeño gesto de delincuencia juvenil, es un asesinato —me aclara, como si no lo supiera—, y el asesino sabe quién eres. Estamos en la obligación de brindarte protección.

Me acerco a su mesa y la golpeo con mi puño.

—¡No quiero protección! —rujo enfadada.

—¿Crees que me importa lo que quieras? —sonríe—. Vas a estar a nuestro cargo hasta que encontremos al sospechoso.

Aprieto los dientes y me cruzo de brazos. No necesito toda esta mierda, no les necesito a ellos para sobrevivir, pero sé que si no acepto no me dejarán salir de aquí... y yo tengo un as bajo la manga.

—De acuerdo —asiento—, pero quiero mi expediente limpio.

—No podemos hacer eso, Olsen.

Me apoyo sobre la mesa y observo sus ojos marrones rodeados de arrugas.

—Mi expediente borrado o me largo —siseo con la seriedad pintada en mi cara.

Si sigo sumando fechorías, al final tendrán que ponerme algún tipo de castigo cuando legalmente sea adulta, y la cárcel no es que sea un paraíso. No voy a dejar de delinquir, así que la limpieza de mi expediente delictivo me ayudará a no sumar más delitos cuando sea mayor de edad.

El comisario suspira.

—Tú ganas —dice vencido—. Tu expediente borrado a cambio de que no salgas a la calle a menos de que seas escoltada.

Me yergo sobre mi eje y sonrío victoriosa.

—¿Y quién será el afortunado que me custodiará como a una reclusa? —pregunto burlesco.

El comisario levanta una mano, señalando al inspector, y automáticamente me quiero pegar un tiro.

—El inspector Keen será quien se encargue de vigilar que nadie sospechoso se acerque a ti cuando estés en la calle.

Miro al susodicho, quien me observa con una mueca de enfado que me pone los pelos de punta. A Oliver le agrada tanto la idea como a mí: nada de nada.

—¿No lo tienen en castaño? —bromeo—, es que los rubios no me van.

—Déjate de juegos, Thais, esto es serio —me regaña el comisario—. Vivirás con el inspector...

—¿Qué?! —le corto—. Dígame que está de broma.

Lloyd me observa serio, indicándome que lo que dice es totalmente real.

—¡No pienso vivir con nadie!

—Es la única forma de tenerte bien vigilada. Dada tu experiencia escabulléndote de los lugares, hemos tenido que tomar ciertas medidas...

—¡Oh, por favor! —me quejo interrumpiéndole—. ¡Se nota a millas que al inspector no le agrada la idea y a mí menos! ¡No nos joda la vida a los dos!

—No hables por mí —la voz grave del inspector me hace girar un par de segundos para mirarle y él observa al frente como si fuera un soldado.

El comisario le dedica un asentimiento de cabeza a Oliver y vuelve a mirarme.

—O vives bajo el techo del inspector u olvídate de la limpieza de tu expediente.

En realidad, necesito esa limpieza en mi expediente si pretendo encontrar un trabajo.

Doy un paso al frente con los dientes y puños apretados.

«Esto no lo haces por ti, sino por ellos. Recuerda lo que les prometiste...», me dice la vocecita de mi cabeza.

—Bien —accedo después de unos instantes.

Capítulo 2

He analizado minuciosamente cada rincón de la casa del inspector; bueno, he analizado los sitios que me ha dejado ver. De momento llevo inspeccionado el baño de invitados, la cocina, mi habitación y el salón.

La casa es bastante grande, de dos plantas, aunque no se me ha permitido ir al piso superior y tampoco necesito verlo, con lo que he revisado puedo escapar cuando quiera perfectamente. Para ser un agente de la ley es un poco descuidado a la hora de dejar las ventanas abiertas sin ningún tipo de protección, no hay rejas ni barrotes para impedir que alguien entre o, en mi caso, salga.

Mi habitación es bastante amplia y está en el piso de abajo. Consta de un armario empotrado en la pared con un gran espejo como puerta corrediza, una mesita de noche y una cama de cuerpo, pero a mí me sobra, he dormido en sitios mucho más incómodos que una cama pequeña. A decir verdad, la cama es lo que más me gusta pese a su diminuto tamaño, mi espalda lo agradece.

El baño es otra historia. Está al lado de mi cuarto y es inmensamente grande. Tiene una enorme bañera con grifo de hidromasaje, el lavabo parece hecho a medida, el espejo es gigante y el váter es demasiado caro para mi culo pobretón; jamás había imaginado asearme o mear en un sitio como este, es como el baño de un palacio.

La cocina, enorme también, tiene una isla en medio de granito que parece costar una cantidad que jamás podría llegar a pagar, pero lo que más me llama la atención es que tiene una gran ventana

por la que podré escapar y entrar cuando lo necesite, al igual que en mi habitación.

Este lugar está plagado de sitios por los que podré marcharme cuando el inspector no esté presente y, al parecer, no se ha dado cuenta de la libertad que me está ofreciendo sin siquiera proponérselo. El comisario no me lo podía haber puesto más fácil...

No he podido dormir mucho debido a que mis huesos están acostumbrados a sitios duros e incómodos, una cama es como una especie de tortura hasta que mi espalda se acostumbre, pero, por lo menos, no me he mojado con la lluvia que ha estado cayendo toda la noche. Otro de los motivos por los que no pude dormir es por el inspector, se ve que le gusta traer mujeres a casa, y algo me dice que le encanta follar, porque prácticamente se ha pasado toda la noche haciendo gritar como una perra a la morena que trajo, que, precisamente, acaba de bajar del piso superior y ha entrado a la cocina, donde yo estoy tomando café.

Sí, me he tomado la libertad de prepararme el desayuno porque Oliver no tiene pinta de preocuparse por si necesito algo o no. Soy una descarada, lo sé...

—Hola —me saluda alegre la morena de cabellos rizados.

No soy muy fan de hablar con desconocidos, así que le dedico mi mejor sonrisa falsa y escondo mi boca tras la taza de café para dar un sorbo.

—¿Eres familia de Oliver? —pregunta, y reprimo el impulso de poner los ojos en blanco.

«¿No entiendes que no quiero hablar contigo?...».

Entonces, ante su gesto expectante por mi respuesta, sonrío falsamente y digo:

—Sí, soy su hermana pequeña.

La mujer sonrío con ternura, como si yo fuera una cría inocente, y ganas me dan de poner cara de asco.

Intenta mantener una conversación conmigo, creyéndose de verdad que soy la hermanita de Oliver. No deja de decir «tu her-

mano esto» o «tu hermano aquello». Me siento asqueada de escuchar su manera de hablar sobre el inspector, es como si estuviera enamorada hasta los huesos de él, y no me extraña nada, el maldito tiene un rostro esculpido por los dioses que le hace irresistible sin proponérselo.

—¿Qué haces aquí todavía? —pregunta Oliver con dureza, haciendo que ambas giremos la cabeza hacia su dirección, y espero que me lo esté diciendo a mí porque necesito largarme de aquí.

Me equivoco. Está mirando a la morena con gesto molesto y los brazos cruzados. Su cabello rubio gotea, lo que me indica que acaba de salir de la ducha, y su ceño fruncido me hace saber que la mujer solo le ha servido para pasar la noche.

—Creí que desayunaríamos juntos —responde ella, mientras yo miro la escena intentando reprimir la risa que muero por dejar salir. Pobre chica...

—Te lo dejé claro anoche —le espeta él seriamente.

—Pero creía que...

—¿Qué? —dice él de mala manera—. ¿Que iba a enamorarme por pasar una noche juntos? —La dureza de su tono de voz me sienta mal hasta a mí, no quiero ni imaginar cómo debe sentirse la morena—. Lárgate de aquí.

La mujer me observa con lágrimas sin derramar en sus ojos e intento sonreírle con calidez para aliviar un poco lo que Oliver está haciendo en su ser, la está humillando. Yo no soy la mejor de las personas, pero siento empatía hacia la gente que sufre y esta mujer lo está haciendo ahora.

Ella se levanta, intentando aparentar orgullo pese a la humillación, y se encamina para salir de la cocina.

—Un placer —me dice, y yo le sonrío a modo de despedida. Sale de la estancia y, segundos después, se escucha un portazo muy sonoro, evidenciando lo enfadada que está con el hombre que mira hacia la puerta principal fijamente.

Su gesto molesto le da un aire más sensual de lo que esperaba. Acabo de darme cuenta de que lleva puesta una camiseta de manga

corta que deja al aire sus perfectos y fornidos brazos, que seguro son ejercitados diariamente. Noto cada ondulación de sus bíceps y las venas que recorren sus antebrazos mientras mantiene esa postura de brazos cruzados sobre su pecho. Este hombre es un auténtico adonis, un ser de belleza sobrenatural, y él lo sabe muy bien..., por eso ha mandado a la mujer a paseo, porque puede conseguir a la que quiera cuando quiera.

—Es lo que tiene no aclarar lo de «sexo sin compromiso» —comento antes de beber de mi taza.

Oliver repara en mí tras mi comentario, como si acabara de darse cuenta de que estoy allí. Quizá la molestia de saber que la mujer continuaba aquí no le dejó pensar en nada más. Sus ojos me miran echando chispas, el enfado es evidente en su cara, y me doy cuenta de que sus ojos son azulados, pero no llegan a ser azules del todo. Estoy lejos de él como para poder definir con exactitud su color.

—Métete en tus asuntos —sisea seriamente; es evidente la irritación que lleva encima, y se marcha escaleras arriba.

Bueno, hemos dado un paso. No me dirigía la palabra desde que ayer en el despacho del comisario me dijo que no hablara por él. No sé cuánto va a durar esto de estar encerrada en su casa, todo depende de lo rápido que atrapen al asesino, pero espero que sea pronto porque algo me dice que el inspector y yo no vamos a llevarnos bien.

(...)

He estado esperando más de dos horas a que el inspector recibiera algún aviso de la comisaría para marcharse. Sé que no le hace ninguna gracia que yo esté aquí, a mí tampoco me gusta, pero tiene que cumplir órdenes y creo que no se fía de dejarme sola. Recibió el aviso hace quince minutos y todavía no se ha marchado. No me quita los ojos de encima mientras cambio y cambio los canales de la tele en busca de algo entretenido para ver. Sé que no se fía de mí, y hace realmente bien.

—No voy a escaparme, si eso es lo que te preocupa —comento sin dejar de cambiar de canal, con los ojos clavados en la pantalla frente a mí. Estoy sentada con las rodillas pegadas a mi pecho y una mano rodeando mis piernas.

No le miro cuando dice:

—No me gustaría que me robaras nada.

Sonrí maliciosamente sin mirarle, sé que me está observando y no quiero que piense que por tener un cuerpo y un rostro de infarto me muero por contemplarlo, aunque sea verdad.

—No había pensado en hacerlo, pero ahora me has dado una idea —vuelvo a sonreír, mirando la pantalla. Estoy bromeando, pero él no lo sabe.

—Si se te ocurre robarme cualquier mierda, te juro que...

—Alto ahí, señor inspector —le interrumpo, y es entonces cuando ladeo mi cabeza para mirarle—, le recuerdo que estar aquí, aunque no me haga ni puta gracia, hará que borren mi expediente. No voy a tirar por la borda esta oportunidad.

Me observa de pie, con los brazos cruzados sobre su pecho, con el ceño tan fruncido que pienso que tiene una malformación en esa parte de su cara que siempre le hace ver enfadado. Me mira como si fuera una amenaza, como si me odiara por el simple hecho de estar aquí, lo que él no sabe es que yo tampoco quiero seguir aquí por muy cómoda que sea la habitación que me ha asignado o por mucha comida que haya en la nevera.

—Claro que no —escupe con asco—. ¿Cómo vas a desaprovechar una cama y comida caliente? Eso es mucho mejor que limpien tu expediente.

Me ofendo de una manera inimaginable. ¿Quién coño se cree para hablarme así?

Me levanto del sofá, sintiendo que la rabia se apodera de mí.

—No necesito su puta comida, inspector, ni su habitación, ni su baño —siseo molesta, pero no grito—. No necesito nada de usted.

—El baño no te vendría mal —su mueca es altanera—, quizás así te deshagas de la mugre que cubre tu cara.

«¡Mátalo!», me grita mi mente.

Sonrío, dejando en claro que es una sonrisa falsa. Su comentario me ha herido y mucho, no todos podemos tener una gran casa llena de lujos como él y, por lo tanto, no todos podemos permitirnos el lujo de ducharnos todos los días. Yo no tengo casa, no tengo recursos, por eso robo desde que tengo uso de razón.

Me ha herido, sí, pero no voy a dejar que crea que soy una blanda emocional que va a ponerse a llorar a la primera de cambio.

—Yo puedo ducharme y la mugre se irá de mi piel —sonrío con maldad—, pero usted es una mierda por dentro y eso no se va ni con mil duchas.

Su ceño fruncido se intensifica y mi sonrisa se ensancha. Dicho esto, paso por su lado, sin siquiera apagar la televisión, y camino hacia la que será mi habitación por algún tiempo.

Me miro en el espejo que hay en el armario. Oliver tiene razón, la suciedad se puede apreciar en diferentes partes de mi cara y tengo el pelo enredado debido a que hace al menos una semana que no me ducho de verdad. Quisiera hacerlo en este preciso momento, ahora mismo, pero estoy enfadada y no tengo ropa que ponerme. Necesito ir a donde Zack primero para coger algo de ropa, luego ya veré qué hacer.

Tener la cara llena de mugre me hace ir al aseo para lavármela cuando escucho que Oliver se ha marchado. Intento arreglar el desastre de mi cabello, pero es casi imposible, así que me pongo la capucha de mi sudadera y, con el rostro más limpio, voy hacia el salón para ver que el inspector se ha marchado por fin. Miro con irritación todo a mi alrededor, todas las pertenencias de Oliver, y me gustaría tener una cerilla y gasolina para quemarlo todo, para que cuando volviera viera que sus pertenencias no valen nada..., pero tengo mejores cosas que hacer que darle una lección a un inspector arrogante y buenorro.

Me aprieto los cordones de los deportivos que llevo puestos y trepo por la encimera de la cocina. Saco mi menudo y delgado cuerpo por la ventana y en un salto ya soy libre.

Me doy cuenta de que aún no es muy tarde para pasar por algún supermercado, pronto se hará de noche, pero los comercios continúan abiertos hasta dentro de un par de horas. Me encuentro en uno de los barrios más ricos de la ciudad y sé que el teatro abandonado queda a una hora andando, así que me pongo en marcha hacia cualquier supermercado que encuentre calculando mentalmente el tiempo que tengo para regresar antes de que Oliver vuelva de la comisaría. Solo espero que le lleve más de un par de horas porque, si no, no me dará tiempo a hacer nada sin que descubra mi huida.

Encuentro un supermercado casi media hora después de haber salido, nunca había entrado en él, así que los trabajadores no me conocen y, por lo tanto, no saben qué clase de persona soy.

Busco en los estantes cualquier cosa que sepa que les va a gustar, aunque cualquier alimento es bien recibido por ellos. Simon es alérgico al chocolate, así que eso lo reservo para Sarah, guardándome un paquete bajo la sudadera. Cojo un paquete de minibollos de crema, un paquete de empanadillas y un par de botellines de agua que guardo en la cinturilla de mis pantalones bajo la sudadera. Gracias a Dios que la prenda es bastante grande, porque si no... Todavía llevo el gorro de la sudadera puesto, pero eso no me impide meter tras mi nuca un paquete de napolitanas de queso y jamón. Cuando creo que ya es suficiente, me apresuro a salir por la puerta con la esperanza de que los envoltorios de la comida no hagan ruido al caminar.

Pero lo hacen... y el chico que hay tras la caja me mira con el ceño arrugado.

—Señorita, ¿le importaría...?

Esa es mi señal para correr.

Salgo del establecimiento como alma que lleva el diablo y recorro calles al azar para despistar al guardia de seguridad que había en la puerta, ese panzón bigotudo no va a pillarme porque llevo corriendo desde que tengo uso de razón. Estoy en buena forma física a pesar de la evidente desnutrición de mi cuerpo, pero no se nota porque siempre visto con ropa ancha que me queda grande.

Poco puedo encontrar de mi talla y, si tengo ropa que me viene bien, no voy a ponérmela para robar porque no podría ocultar la mercancía sustraída.

Para cuando me doy cuenta, estoy a unas pocas calles del teatro abandonado. El corazón se me quiere salir por la boca de lo rápido que me va, pero ha merecido la pena. Ver sus agradecidos rostros lo merece.

Me encaramo a las rejillas del suelo de la escalera de emergencia y con dificultad llego a la primera planta, donde las escaleras me llevarán hacia arriba. Mis pasos resuenan por el metal, avisando a los que hay dentro de que alguien intenta entrar al edificio. Llego a la última escalera y me adentro por la ventana rota que hay.

Los pasos apresurados de todos se escuchan cada vez más cerca y la sonrisa me asalta al saber que los niños me abrazarán por la preocupación de no haber aparecido en algunos días.

Todos me rodean e intentan abrazarme gritando lo mucho que me han echado de menos y yo les digo que mantengan la calma, que he traído regalos para todos. Vamos hacia la estancia del proyector, ahí es donde tienen los suministros necesarios para vivir.

Zack se acerca a mí y planta un beso en mi sien, rodeando mis hombros con un brazo.

—¿Dónde has estado? —me pregunta. Sus ojos azules tienen ojeras muy marcadas bajo ellos y su cabello castaño luce despeinado y sin brillo.

—Por ahí.

—Eso ya lo sé —replica—. ¿Qué has hecho estos días?

No puedo decirle que estoy viviendo con un inspector de policía porque he sido testigo de un asesinato, el comisario Lloyd me dejó muy claro que nadie debía saberlo si no quería poner a mis seres queridos en peligro.

—He estado buscando trabajo y, ya de paso, he pasado por el supermercado —no miento del todo, lo del supermercado sí es verdad.

Saco todo lo que hay bajo mi sudadera y en la cinturilla de mis pantalones. A los chicos se les iluminan las caras de alegría.

—Sarah, chocolate —voy repartiendo lo que más les gusta a cada uno—. Simon, patatas. Leo, empanadillas. Joe, galletas. El resto es para compartir, ¿de acuerdo?

Todos asienten y se apresuran a comer lo que les he traído.

—¿Para mí no hay nada? —inquire Zack, con una sonrisa burlona.

Sonríó mostrando mis dientes y le beso dulcemente, sacando un paquete de bollos de chocolate de mi espalda. Lo pongo frente a su cara cuando nos separamos y la sonrisa que me dedica es espectacular.

Zack no es mi novio, pero sí que disfrutamos del sexo juntos. Nos conocemos desde hace unos tres años y nuestra relación se afianzó tanto que no hay nada que no sepamos el uno del otro. Le quiero tanto como al resto de los niños que viven en este teatro, y gracias a él no les falta comida. Zack es una buena persona que se levanta todos los días para ir a trabajar y así poder darles algo que comer al resto, lo hace sin interés alguno, el único interés que puede tener es alejar la desnutrición de los chicos.

Todos nosotros hemos sido abandonados o hemos escapado de casas de acogida donde no nos trataron bien, ese es mi caso. Me llevaron con una familia que solo quería ganar el dinero que le daban por mí, no se molestaron en quererme o aceptarme, y por eso me largué; si no había huérfana, no había dinero para ellos.

—¿Vamos a mi cuarto? —me sugiere con una mirada picarona, y sé muy bien lo que quiere hacer.

La verdad es que yo también quiero hacerlo, pero no sé si tendré tiempo porque aún tengo que volver a la casa del inspector.

—Que sea rápido —pido, y entrelazo nuestros dedos.

—Joe, quédate a cargo, volvemos enseguida —le dice Zack, y salimos por la puerta de la mano.

Joe es el mayor con doce años, es la máxima autoridad cuando ni Zack ni yo estamos. Luego, Sarah, quien tiene diez años, Simon con nueve, y Leo con siete. Todos juntos somos una gran familia y nos queremos como si tuviéramos la misma sangre.

Llegamos a la habitación de Zack y sus labios sobre los míos no se hacen esperar. Su húmeda lengua se adentra en mi boca mientras sus manos recorren mi figura bajo la sudadera que llevo, que, por cierto, es de él. Se apresura a quitarme la prenda deprisa, como si estuviera desesperado por sentir mi piel, y yo hago lo mismo con su camiseta. Ambos estamos desnudos de cintura para arriba y nuestras manos se deleitan con la piel del otro.

Zack me empuja para caer en el colchón que tiene como cama y desabrocha mis pantalones mientras me besa con delicadeza; él siempre fue muy tierno y cuidadoso con respecto a mí. Le ayudo a quitarme los pantalones despegando mis caderas del colchón y la prenda desaparece de mi cuerpo mientras mis manos acarician cada parte de él. Entonces, hago lo mismo y desabrocho sus pantalones.

Estoy encendida y caliente. Las caricias de Zack siempre tuvieron un efecto placentero en mí. Siempre me acarició y tocó con delicadeza y suavidad, siempre fue el caballero con el que toda chica sueña. Siempre he adorado cómo me trata, él nunca me miró como si fuera inferior a él, no como cierto inspector de policía...

Zack saca un preservativo de una caja que hay a un lado del colchón, su dura erección ya está lista para comenzar el trabajo. Cubre su miembro con el profiláctico y se posiciona sobre mí, poniendo la cabeza de su polla en mi entrada. Araño su espalda cuando se introduce lentamente, esperando a que mi interior se acostumbre a él, y, entonces, empieza a moverse dentro de mí con cuidado.

Suelto gemidos con cada penetración, aprieto la piel de su espalda con cada empujón. Siento que me llena y me complace con cada movimiento. Cada caricia por su parte me enloquece más, cada jadeo que le escucho soltar me enciende más aún y a poco estoy de llegar a mi orgasmo.

Zack entierra la cabeza en el hueco de mi cuello y reparte pequeños besos sobre mi piel mientras bombea en mi interior sin descanso pero sin prisa. Sus movimientos me gustan y me encienden mucho, pero necesito dejar de pensar en que llegaré tarde a

casa de Oliver..., ese hombre de rostro divino y cuerpo para el pecado. Dios, ¿cómo puede existir semejante belleza en el mundo?

«¡Deja de pensar en él!», me recrimina mi mente.

Me concentro en el aquí y el ahora. En Zack y sus penetraciones, en sus caricias cariñosas y en sus besos sobre mi cuello. Me centro en el apuesto muchacho que está enterrándose en mí una y otra vez.

El calor se expande por mi vagina cuando siento que voy a explotar, y no necesito mucho más para dejarme llevar por el clímax que los empujones de Zack me proporcionan. Mi espalda se arquea y un gemido sale de mi boca mientras me dejo llevar por el orgasmo.

Poco después, Zack cae a mi lado con la respiración acelerada, y yo espero a recomponerme para levantarme y vestirme. Observo su cuerpo mientras me pongo la ropa de nuevo. Zack no está desnutrido como yo, está delgado, pero no porque no esté bien alimentado, sino porque su constitución es así. Puedo ver la tensión de sus músculos a pesar de no ser tan grande y fornido como el inspector, pero tiene un buen cuerpo de todas formas.

Se quita el condón y le hace un nudo antes de tirarlo a una bolsa de basura que hay a un lado de donde se encuentra.

—¿Dónde vas? —pregunta, poniéndose los bóxeres.

Tengo que mentir. Aunque me duela, tengo que mentirle.

—Iré a buscar otro lugar para los niños —miento, aunque sí que debería buscarlo—. Hace meses que estamos aquí y podríamos ser descubiertos en cualquier momento.

—Puedes hacerlo mañana, ya es de noche y puede ocurrirte algo —dice, pasando la camiseta por su cabeza.

—No puedo buscar sitios deshabitados de día, Zack —replico—. Con gente de allí para acá no puedo colarme en ningún lado. De noche nadie me ve, es mucho más simple.

—Como quieras... —responde con los dientes apretados. Él es consciente de que si algo se me mete entre ceja y ceja, nada me hace cambiar de opinión, sabe que soy un alma libre y que odio las órdenes. Yo actúo bajo mi propio mando.

—Volveré en un par de días —le aseguro, acariciando su mejilla con mis dedos—. ¿Cómo vas ahorrando?

Zack todos los meses guarda una cantidad de dinero en algún lugar del teatro para poder comprar una casa para todos algún día, de momento los niños se tienen que conformar con tener que trasladarse cada pocos meses, pero en cuanto Zack lo crea conveniente, todos podremos disfrutar de un techo sin goteras, de comida caliente y de no tener que preocuparnos por si la policía nos encuentra.

—Bien —responde molesto, sé que no le hace ninguna gracia que me marche a estas horas—, creo que en pocos meses podré comprar la casa.

—Me alegra oír eso —dejo un pequeño beso sobre sus labios—. Me marcho ya.

Antes de salir, Zack me agarra suavemente por la muñeca y vuelve a besarme con dulzura y cariño.

—Ten cuidado —me pide, y yo asiento.

Paso por la estancia donde los niños se encuentran y me despido de ellos. Sarah, la única niña, me pone ojos de cachorrito, pero no puedo quedarme, no si quiero que me contraten en algún lugar para poder alimentarlos. Necesito mi expediente limpio y por ello debo marcharme.

—Volveré en poco tiempo, os lo prometo —les aseguro, y beso sus cabezas antes de salir.

Camino hacia el sitio al que llamo habitación y lleno una mochila con ropa y cosas que creo que necesitaré mientras viva con el inspector. Cuando estoy lista, salgo y echo un último vistazo al teatro en el que he pasado los últimos dos meses. Los niños agitan sus manos en el aire desde un palco en la tercera planta y Zack me observa fijamente desde uno al otro extremo del de los niños en la primera planta, cerca de su habitación. Me despido de todos lanzándoles besos al aire con la mano y salgo del edificio por la misma ventana por la que entré.

No sé qué hora es, pero sé que han pasado al menos dos horas, así que corro y corro sin detenerme para llegar cuanto antes a la

casa de Oliver, rezando por el camino para que no haya llegado ya, no podría soportar que se lo dijera al comisario y que este no cumpliera con su parte del trato. Si no hay limpieza de expediente, no hay trabajo, y sin trabajo no puedo mantener a los chicos, ellos no se merecen esta vida de mierda.

No sé cuánto tardo en llegar, pero las luces de la casa están apagadas. Lanzo la mochila al interior de la cocina y trepo por la ventana para entrar, caigo sobre la encimera y se me hace un poco difícil incorporarme con tantos platos y tazas de por medio, pero logro hacerlo sin romper nada.

Me quedo parada en mitad de la cocina. Todo está en total silencio y a oscuras, y suspiro tranquila por saber que el inspector buenorro no ha llegado todavía. Camino hacia mi habitación intentando no tropezar con ningún mueble y cierro la puerta detrás de mí cuando consigo llegar sin golpearme en el dedo pequeño del pie. Enciendo la luz y procedo a desempacar mi mochila. Todo parece sucio y no me extraña, hace días que no voy a una lavandería y no tengo dinero para pagar un buen lavado de ropa, pero sé que Oliver tiene su propia lavandería en la cocina, así que llevo la ropa allí y busco un programa que no tarde mucho en lavar. Me quedo con lo único decente que veo en la mochila para ducharme mientras la ropa se lava, que viene siendo una sudadera gris que me llega hasta la mitad de los muslos y unas bragas limpias.

Camino desnuda hacia el baño con la ropa limpia en mi mano y escucho que la puerta del salón se abre. Gracias a Dios, estoy con la luz apagada y me da tiempo a correr hacia el baño y encerrarme en él antes de que el inspector me vea. Suspiro aliviada y enciendo la luz del baño.

Me permito meterme en la bañera mientras se llena de agua caliente, hace un frío del demonio y mi cuerpo agradece la oportunidad de relajarse en un baño tan glamuroso como este.

—¿Estás ahí? —pregunta de mala gana al otro lado de la puerta, y pongo los ojos en blanco.

—¡Sí!

No dice nada más y escucho que sus pasos se alejan.

Me doy el lujo de adentrarme entera en la bañera, cubriendo mi rostro con el agua, bueno, todo mi cuerpo está bajo el agua, y saco la cabeza soltando el aire por la boca con gusto. Poca gente aprecia el momento que yo estoy experimentando ahora y agradezco el hecho de que Oliver tenga agua caliente.

Cuando termino de enjabonarme y de aclarar el champú de mi pelo, salgo de la bañera, me seco y me pongo la sudadera y las bragas, dejando que mi cabello se seque por sí solo porque aquí no parece haber ningún tipo de secador.

La barriga me ruge por el hambre y me encamino a la desierta cocina en busca de algo que comer. Puedo elegir entre un montón de cosas, pero no tengo paciencia para cocinar ahora mismo, tengo un hambre atroz, así que me hago un sándwich de queso, jamón cocido y mayonesa. Me siento en uno de los taburetes que rodean la isla y disfruto del silencio que hay a mi alrededor mientras lleno mi estómago, pero sigo con hambre y me hago dos sándwiches más. Tengo el estómago de un camionero y cuando hay comida aprovecho hasta saciarme. No sé a quién se le ocurrió darme un estómago tan grande con la poca comida que suelo pillar al día.

—Has salido —su voz grave me hace crisparme, y saber que no está preguntando, sino afirmando, me instala un nudo en la boca del estómago.

Alzo una ceja, en señal de que no sé de qué está hablando.

—¿Disculpe?

—Tu ropa está en la lavadora y, que yo recuerde, ayer te traje con una simple sudadera y unos pantalones vaqueros —señala con aires de detective, y no me extraña que sea tan perspicaz, pues es su trabajo.

Trago la bola de nervios que tengo atascada en la garganta.

—Avisé a un amigo para que me la trajera —claramente miento, pero él no tiene por qué saberlo.

—¡Eres una inconsciente! —grita de pronto—. ¡Nadie debe saber que estás aquí!

Aguanto los gritos como toda una machota, es mejor que me grite porque «alguien sabe mi paradero» a que sepa que he salido de aquí, eso anularía el trato con el comisario.

—Tranquilo inspector, es un buen amigo, no le dirá a nadie dónde estoy.

Mentir siempre ha sido mi mejor recurso.

—¡Más te vale! —me señala con el dedo—. ¡No pienso protegerte si el asesino te encuentra!

Menudo carácter de perros tiene el buenorro...

Sonrío con maldad, cojo lo que queda de mi tercer sándwich y bajo de un salto del taburete para ir a mi habitación, pero, cuando paso por su lado, digo:

—Ese es su trabajo, inspector —sonrío con maldad nuevamente—, por eso estoy aquí.

Y, sintiéndome victoriosa en esta batalla, me voy a mi habitación sin esperar su respuesta.